

POR QUÉ
CRISTÓBAL COLÓN

VINO A
LA RÁBIDA

DISCURSO

QUE CON MOTIVO DE LAS
FIESTAS COLOMBINAS

ORGANIZADAS POR LA
REAL SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE,
pronunció en aquel Monasterio el 3 de agosto de 1944

EL EXCMO. SR. CAPITAN DE NAVIO
D. JULIO F. GUILLÉN Y TATO,
de la Real Academia de la Historia y Consejero de la Hispanidad

M A D R I D
EDICIONES CULTURA HISPANICA

1 9 4 4

POR QUÉ
CRISTÓBAL COLÓN

VINO A

LA RABIDA

DISCURSO

DEL CEN ACADÉMICO DE LAS
FIESTAS COLONIAS

ORGANIZADA POR LA

REAL SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.

presentado en aquel Manifiesto el 2 de agosto de 1914

EL EXCMO. SR. CAPITÁN DE NAVIO

D. JULIO F. GULLÉN Y TATO,

en la Real Academia de la Historia y Comodoro de la Armada

MADRID

EDICIONES CULTURA HISPÁNICA

1914

POR QUÉ
CRISTÓBAL COLÓN

VINO A

LA RÁBIDA

DISCURSO

QUE CON MOTIVO DE LAS
FIESTAS COLOMBINAS

ORGANIZADAS POR LA

REAL SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE,

pronunció en aquel Monasterio el 3 de agosto de 1944

EL EXCMO. SR. CAPITAN DE NAVIO

D. JULIO F. GUILLÉN Y TATO,

de la Real Academia de la Historia y Consejero de la Hispanidad

M A D R I D

EDICIONES CULTURA HISPANICA

I 9 4 4

CRISTÓBAL COLÓN
POR QUÉ

LA RÁBIDA
A VINO A

DISCURSO

PIESTAS COLOMBINAS
QUE CON MOTIVO DE LAS

ORGANIZADAS POR LA

REAL SOCIEDAD COLOMBINA OURENSE,

pronunció en aquel Monumento el 7 de agosto de 1911

EL TECNICO. SR. CAPITAN DE NAVIO

D. JULIO F. GUILLEN Y TATO,

de la Real Academia de la Historia y Compañero de la Real Academia de la Lengua

M A D R I D
EDICIONES CULTURA HISPANICA

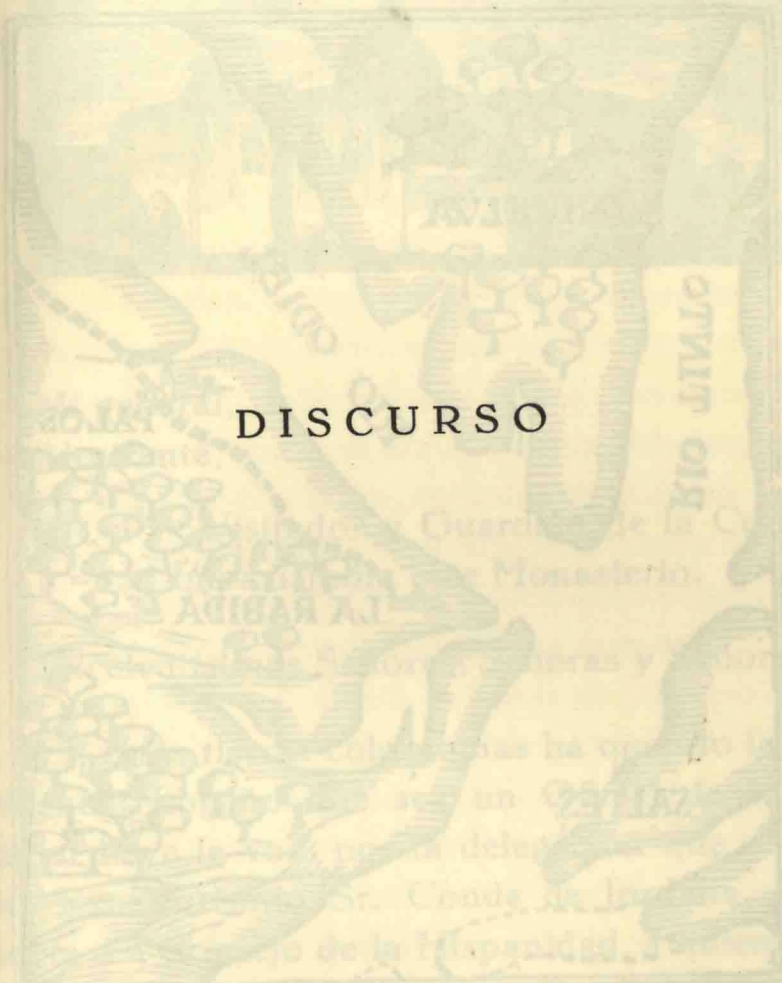
1 9 1 1

*A la memoria del Excelentísimo
Sr. Conde de Jordana, cuya re-
presentación ostenté en este acto,
y fallecido el mismo día 3 de
agosto de 1944.*

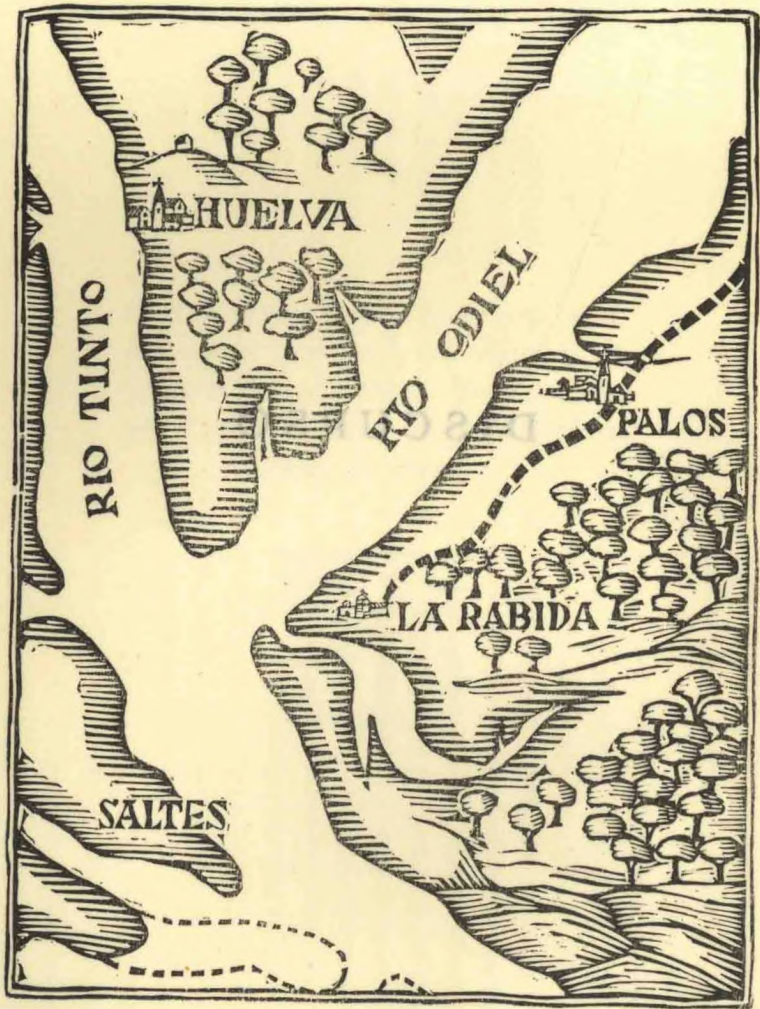


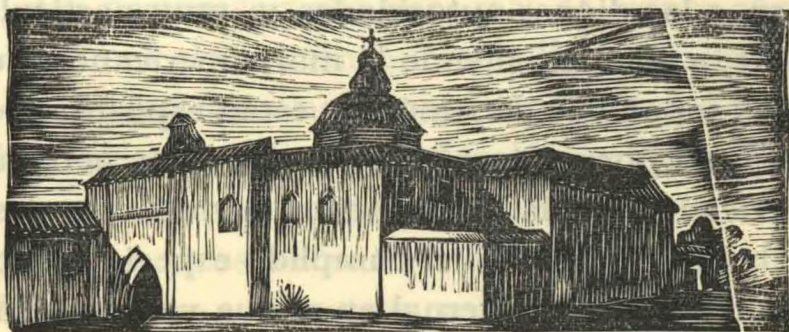
A la memoria del Excelentísimo
Sr. Conde de Jordana, cuya re-
presentación ostentó en este acto,
y folleto el mismo día 3 de
agosto de 1944.





DISCURSO





Mi general,
Almirante,

RR. PP. Visitador y Guardián de la Comuni-
dad que custodia este Monasterio,

Excelentísimos Señores, Señoras y Señores:

En estas tierras colombinas ha querido la Pro-
videncia hogaño que sea un Oficial de Marina
quien lleve la voz, por la delegación que ostento
del Excelentísimo Sr. Conde de Jordana, Presi-
dente del Consejo de la Hispanidad, a quien agradezco poder saludar en su nombre, con la cordia-
lidad del afecto hondamente sentido por estas
cosas y la emoción emanada del momento y del

lugar, a las dignas autoridades y, muy particularmente, a cuantos allende la mar, americanos y colonias españolas de América, están espiritualmente aquí; y porque jamás olvido en estos achaques americanistas a la gran nación portuguesa, deseo también le llegue, no el cumplido especial, sino el saludo efusivo y fraternal en el que va envuelta la admiración fervorosa por su gran historia marinera, la única en el Mundo que puede compararse con la nuestra, y aun confundirse con ella, como en la jornada estupenda de la primera circunnavegación de nuestro planeta, en donde, como al tratar de la ciencia de los descubrimientos, es difícil deslindar lo español de lo lusitano, como si Dios, al hacernos por su divina Gracia hermanos, hubiese impreso en nuestro modo de ser recto, honrado y sin más parigual que el uno del otro, una misma tradición que al cabo de los siglos generase idéntica trayectoria de espiritualidad, capaz de volvernos a fundir en un mismo destino, sin menoscabo de la propia y reverenciada personalidad.

Y ya que me veo actor de esta sesión anual y solemne de la Real Sociedad Colombina Onubense, reciba ésta, asimismo, la salutación fervorosa

de quien pertenece a ella hace más de quince años, sintiendo en el corazón que aquella carabela que me trajo a su seno no flamee al viento y a la luz de hoy aquellas banderas, flámulas y gallardetes que eran orgullo y trenzadas alegrías de la punta del Sebo en otros años.

Yo me uno a vuestros votos para que torne pronto al lugar de donde salió para reparar, más que inclemencias del tiempo, la de los hombres sin espíritu que la tuvieron abandonada sin alcanzar la alta entronización de su significado, y haciéndome eco del sentir de todos vosotros, ruego al Excmo. Sr. Almirante recoja, más que el deseo, la precisión de que la «Santa María» vuelva a construir, con los brazos abiertos de su arboladura, la verdadera cruz de término de estos santos lugares de la Hispanidad y hasta—si queréis—cruz de guía de nuestra archicofradía del americanismo español.

Ruego, pues, al Almirante Agacino se haga intérprete de esta realidad ante el Sr. Ministro de Marina y, al hacerlo, lo aprovecha su antiguo alumno de la Escuela Naval para expresarle su adhesión y particular afecto.

de cinco pertenece a ella hace más de cinco años
siendo en el corazón que aquella campaña que
me trajo a su seno no flameó al viento y a la luz
de hoy aquellas banderas, ámbulas y gallardetes
que eran orgullo y trezadas alegres de la patria
del Sèho en otros tiempos lo es, según el espíritu
al Ydume una a nuestros voces para que tome
pronto al lugar de digno para reparar más
que ineluctables del tiempo, la de los hombres
sin espíritu que la tuvieron abandonada sin aliento
y a la alta entonación de sus significados, y a
ciénanos con del sentir de todos vosotros, niños
al Ercano. En Almirante recoja, más que el hecho
la tradición de que las Españas fueran a
constante con los países extranjeros de su espaldas
y a la verdadera cruz de término de estos santos
lugares de la Hispanidad y hasta a si puertas y cruces
de que de nuestra archidiócesis del americano
español, palabras de espíritu y espíritu
- Ruego, pues, al Almirante Aguirre se haga
término de esta verdad ante el Sr. Ministro de
Marina y al hacerla, lo aprovecha su antiguo
alumno de la Escuela Naval para expresarle su
adhesión y particular afecto.



En torno a la personalidad de Colón y de su viaje más célebre, rara es la circunstancia que no plantee un problema, y por ello y porque además es justo que temas tan trascendentales apasionen en verdad, difícilmente se alcanza la crítica serena; por lo que de consuno existieron, desde que los temas colombinos fueron puestos sobre el tapete por el ilustre capitán de fragata, D. Martín Fernández de Navarrete (cuyo centenario se conmemorará el próximo mes de octubre), los dos bandos extremos: «apologistas» tan devotos del Almirante que hasta lo pretendieron exaltar al culto de los altares, y «detractores», para quienes, por el con-

trario, el Descubridor albergaba cuanto de ruin puede resumir un solo hombre de mal.

Sin embargo, pese a los hipercríticos de uno y otro bando, Cristóbal Colón fué una figura maravillosa, verdaderamente genial, con singulares virtudes pero también particulares defectos que en conjunto, y como es natural, lo hicieron mejor de lo que afirman sus detractores, y no tan bueno como lo diputan sus panegiristas.

De disponer Dios que América la hubiese descubierto un santo, podría haber inspirado esta gesta a muchos de sus apóstoles que eran marineros de profesión; pero el descubrimiento del Nuevo Mundo estaba reservado a España, y, entonces, en los años de la predicación de Cristo y en los siguientes de la de sus discípulos, aún no existía como tal nuestra nación; por esto en 1492, cuando ella se perfeccionó en Granada geográficamente, cuando ya por la fusión de Castilla y de Aragón, realizada de tal modo que mediaron vínculos de amor y pudo ser materialmente bendecida por Dios al unirse las manos de Isabel y Fernando ante el Altar, entonces, y sólo entonces, cuando ya las carabelas, junto con el catecismo, podían

llevar a las nuevas tierras la «Gramática» de Nebrija, con robusta personalidad aquilatada al rematar nuestra reconquista, entonces, repito, se descubrió América con todo lo que era preciso: con españoles, con dinero español, con voluntad y tesón españoles, naves españolas... ¡ah!, y ciencia y técnica españolísimas.

La idea primitiva del extranjero Colón aquí se hizo española y en este mismo Monasterio, tal vez ante estos mismos arcos mudéjares del claustro que nos alberga, lo que todos los países reputaron desvarío o sueño de sin razón, se hizo cordura y posibilidad, desde aquel día en que, según la declaración del físico de Palos, Dr. García Fernández, llegó Colón con su hijo Diego a pie «a la Rabйда, que es monasterio de frayles de esta villa, el qual demandó a la porteria que le diesen para aquel niño que era niño, pan y agua que bebiese».

Pero, ¿por qué llegó hasta aquí Cristóbal Colón, el derrotado, el de la capa raída?

Esta es una de las mil preguntas que jalonan la biografía del Almirante y cuya respuesta os traigo para conmemorar este día; lisa y llanamente, sin ringorranos oratorios, a modo de lección bre-

ve, pero substancial, voy a discurrir demostrando que su llegada a estas tierras no fué casualidad, sino idea premeditada y tan atinada como después lo acreditó el tiempo, hasta el punto de que se ha podido escribir que la Rábida en el Descubrimiento es «un punto esencial, una clave explicativa y una solución de los conflictos colombinos».

Diré, sin embargo, que la fecha de 1485 aceptada por la generalidad, es discutida por algunos y que su venida ocupa uno de los puestos en la controversia interminable que gira en torno a la nebulosa de los colombinos; ni su hijo y biógrafo Fernando, ni su apologista el P. Las Casas aluden al camino que siguió. ¿Vino por mar como parece lógico? Así lo creyó el cronista Herrera; ¿acaso por tierra, como lo afirmó Fernández de Oviedo, quien nos asegura que pasó antes por Sevilla?

Gomara, más explícito, escribió que se embarcó en Lisboa y vino a Palos de Moguer y, finalmente, el ilustre catedrático Ibarra, cuya muerte aún llora mi Academia, creyó que debió de arribar aquí por naufragio, como aquel que le llevó a Portugal en 1476.

Se dice que vino en busca de su concuñado

Miguel Muliarte, esposo de Felipa Núñez de Perestrelo, que habitaba en Huelva; mas, entonces, conociendo la topografía de este estuario preciso es que viniese embarcado; y, aun así, ¿por qué dejar a Diego en la Rábida desde el primer momento y no con sus tíos? Y ¿por qué, también, visitar este Monasterio tan a trasmano del tráfico del Palos a Huelva, que entonces estaría servido por múltiples embarcaciones y barcos a la vez?

Colón no vino a la sombra seráfica de estos muros por casualidad, sino en busca de comprensión y guiado por el mismo cordón de San Francisco que como terciario llevaba por cingulo.

También se ha dicho que arribó buscando huellas del famoso Alonso Sánchez de Huelva, aquel piloto moribundo que aseguran le reveló en Madeira la existencia de tierras más allá de la inmensidad del mar temido y tenebroso, como dicen también que se lo afirmó cierto piloto del Puerto de Santa María, de quien las crónicas sólo nos han conservado de sus circunstancias el que era tuerto.

Y, sin embargo...

Sin embargo de todo ello, Señoras y Señores, fuerza es que analicemos un tanto si acaso por

aquí había algo más que era imprescindible al futuro descubridor y Almirante.

En efecto, como si a través de los sedimentos de las razas invasoras hubiera quedado la solera de aquellos navegantes famosísimos de Gades y tartessos cuyas embarcaciones con alterosos mascarones de cabeza de caballo aseguran que, por ser las más marineras y mejor gobernadas, osaron bojear todo el enorme continente africano hasta arribar a las mismas costas egipcias del Mar Rojo, al final del siglo XV existía por el seno que forma la costa de arenales, entre Cádiz y el Guadiana, un núcleo marítimo interesantísimo y cuyo estudio evolutivo aun está por investigar.

Es posible que naciera al influjo de las navegaciones de los mallorquines genoveses por los años mitad del siglo XIV, aún poco documentadas, y que tal vez encierre el estímulo de la expansión marítima portuguesa que se inicia bastantes años después con la recia personalidad política del Infante de Sagres, el ínclito D. Enrique, prior de la Orden de Cristo.

Posteriormente, este núcleo marítimo aludido, con profundas raíces en la margen izquierda del

Odiel, siguiendo la práctica medieval de enclavarse aguas arriba de algún río, para defenderse de incursiones marítimas, tuvo galano y vecino estímulo en las expediciones portuguesas; gentes de aquí, con embarcaciones de esta ribera, se aventuraron en algo más que en pescar y frecuentaron las costas occidentales de Africa hasta Sierra Leona. Los portugueses no aceptaron la concurrencia y hubo protestas y hasta en más de una ocasión pasaron de la palabra a los hechos y, entonces, los de Palos, como los de Moguer y los de Ayamonte, derivaron hacia el corso, pues harto más fácil que buscar riquezas por tierras lejanas era apostarse detrás de un cabo para esperar las naves cargadas y rivales. De esto existen varias pruebas y una de ellas es la de la célebre multa de servir con dos carabelas que los reyes impusieron a los de Palos.

Por entonces esto tan sólo constituía pecadillo sin importancia y, como para estas travesuras precisaba valor y hombría, antes bien estaba reputada en el mundillo marinero como oficio honrado y prestigioso, tal que aconteció hasta nuestros días con el lucrativo trapicheo del contrabando; porque, además, el origen de estos actos violentos

siempre reconocía antiguas rivalidades y competencias y no se atacaba a cualquiera sino al barco de la familia o pueblo enemigo rival, por algún resentimiento anterior, y tenía más de venganza que de verdadero asalto a la propiedad ajena, siempre discutida.

Debo de proclamar que estos achaques tenían sus quiebras naturales y que el practicarlos imponía cierta superioridad en técnica y audacia. Bien sabemos, a costa nuestra, que las marinas así iniciadas son auténticas, porque nacieron para navegar, para luchar y vivir tan sólo de lo que en el mar encontrasen, poniendo a contribución, no solamente valor y audacia, sino todo cuanto requiere la práctica y técnica profesional, además del espíritu emprendedor y de acoso que es consustancial con la eficacia en la mar.

A los de esta ribera, si tenemos de cuando en cuando que absolverlos de estos pecadillos a los que les llevaron la emulación y la competencia, forzoso es que les reconozcamos la capacidad que les permitía competir con la raza más marinera de su tiempo, como lo fué la portuguesa del siglo XV.

Ello explica la enorme profusión de pilotos y

maestros de nao que toda esta reducida región llena la historia universal de los descubrimientos a partir del primer viaje de Colón; pues los nombres o naturaleza cierta de Palos, Moguer, Lepe, Huelva y Ayamonte de que rebosan páginas y páginas de aquélla, prueban que no hubo generación espontánea y hasta que por aquí hubiese un fraile y un médico impuestos en cosmografía, confirman, además, la realidad de la existencia de una ciencia náutica, tal vez modesta, pero viva, con todas sus consecuencias incluso cartográficas, aunque sin muestras perdurables de este arte; ciencia náutica patente en las navegaciones de los Pinzones, de los Niños y de tantísimos otros que discurren por las desconocidas y complicadas costas de las Antillas y Seno Mexicano de intrincada configuración, mar hosco, vientos desatados y corrientes casi invencibles, con una seguridad que sorprende incluso a los no iniciados en los secretos y problemas del arte de navegar.

Decadente ya la marina mallorquina y reducida la catalana al marchanteo de cabotaje mediterráneo, como al de Flandes la guipuzcoana, el centro de la navegación de altura lo levantan en la

España de fines del siglo XV precisamente los marinos de estas costas de dunas y marismas que tienen por señera a la Rábida, y al venir aquí Colón, fuera cierto o no lo de su cuñado Muliarte, o lo del piloto Alonso Sánchez, sabía ya con certeza que encontraría la «muchacha gente de la mar» que escribió en el preámbulo de su Diario, al rendir la singladura del 3 de agosto de hace 452 años.

Pero hay más; aquí surgió un tipo de nave que era la misma que los portugueses empleaban en sus viajes a la costa de Africa: la «carabela», suerte de embarcación que yo siempre tuve por portuguesa, pero que por estar ya citada en las partidas de Alfonso el Sabio y ser también del siglo XIII los primeros documentos que las citan en Portugal, da mucho que pensar sobre quién las utilizó primero copiándolas del «cárabo» moruno; adaptadas a sus embarcaciones por los portugueses, pronto prohibieron su venta a extranjeros, y si no antes, entonces las construyeron aquí más, a su vez, originando una nueva especie: la llamada «carabela al modo de Andalucía», que ya no era de velas latinas, sino de cruz o redonda, y que a proa tenía una pequeña «tilla» a modo de castillo, tal como

se reprodujo en la «Santa María» que conocéis y que debe volver a constituir, junto con este Monasterio, en el estero de Domingo Rubio, el rasgo fisonómico de esta ría.

Por estas riberas, pues, pobladas de pinares y bosques de quejigo, existía la inevitable industria naval que justifica, además, el núcleo marítimo de que os hablé; industria naval, tan apta y floreciente, que no sólo asimiló un tipo de embarcación, sino que lo mejoró y que los portugueses adoptaron en parte entrado el siglo XVI. Ya tenéis el por qué Colón halló aquí, con facilidad que de fijo presumía, «los tres navios muy aptos para semejante fecho», que en la euforia de su salida aludió asimismo en los acaecimientos de su primera singladura.

Es posible, segurísimo, que conociese aquella multa del servicio con dos carabelas al que estaban obligados los de Palos y cuyo cumplimiento, y no otra cosa, fué el motivo de la resistencia pasiva que encontró en la villa y que autores extranjeros involucraron en su eterna y envidiosa maledicencia de las cosas de España; «Fuese derecho a la villa de Palos—escribió el P. Las Casas—lo uno,

porque allí hay buenos y cursados hombres de mar...; lo otro, porque a lo que tengo entendido, los Reyes tenían obligada la Villa de Palos, no supe si por delito o por subsidio, para que sirviese a Sus Altezas con dos carabelas tres meses en lo que mandasen...».

Esta es la clave; pero quiero resaltar que más que lo segundo fué lo primero y que Colón encontró, en efecto, no sólo los hombres aptos y decididos a afrontar toda una Edad Media de leyendas espeluznantes en punto al mar tenebroso, sino las naves necesarias y, sobre todo, un ambiente y preocupación marítimos en donde hallar, al fin, la comprensión de una idea temeraria que en todo el mundo menos aquí se tuvo por loca.

Y vino a Palos, en donde halló gentes y armadores, con tanta solera de mar, que en 1478 ya obtuvieron privilegios y ciertos seguros para sus viajes a la Mina de Oro y Sierra Leona, motivo de su antagonismo con los portugueses, de cuyo trato volvía Colón derrotado y pobre; y por si era poco, halló en los Pinzones calor de empresa y capacidad de organización.

Y... asimismo encontró en la Rábida paz para

su espíritu de genio fracasado, y hasta un fraile cosmógrafo, que gustaba de platicar sobre cosas de estrellas y astrolabios con un médico de pueblo, también dado a estos achaques de mundos, meridianos y astronomías. Y cuando tuvo ya la autorización de los reyes y capitulación para descubrir, no pensó jamás en otra ribera, ni en otro puerto, porque en ninguno encontraría, ni en calidad ni en número, lo que aquí encontró y que a la postre, por sabido, fué lo que le encaminó a esta ría, en cuyo centro espiritual, entre estos muros dejó como en prenda a su hijo Diego, aquel «niñico que era niño», para el que pidió de beber al hermano portero.



El Consejo de la Hispanidad que represento en estos momentos, gusta y tiene por norma el hablar poco en sus salidas; de mí podría decirse que no he sido enviado a estos lugares para sumarme al lirismo periódico de unas fiestas que patentizan el celo y fervor americanista de esta Real Sociedad, sino más bien a recoger impresiones y proponer iniciativas a mi ilustre Presidente el excelentísimo Sr. Conde de Jordana para que estas conmemoraciones vayan jalonándose a través de los años con algo más que palabras que el viento se lleva entre flameo de banderas y guirnaldas deshojadas. El Consejo, que está terminando ya

con la atinada intervención de los arquitectos señores Feduchi y Sedano la restauración de este Monasterio, tiene ya estudiada la discreta urbanización de sus alrededores, como la instalación de un museo colombino imprescindible.

De fijo que a estos empeños seguirán la reivindicación *monumental* de las olvidadas villas de Palos y Moguer, cuyas reliquias y recuerdos es preciso valorizar y presentarlos con la dignidad y decoro que corresponden al rango que sus hombres les alcanzaron.

En España todo estaba por hacer, pero en punto a estos Santos Lugares de la Hispanidad, puedo asegurar que dentro de muy poco todo, o casi todo, estará hecho.

Y nada más; lisa y llanamente hemos considerado la primera estación del vía-crucis colombino: Colón llega a la Rábida. De fijo que esta su primera estancia en el Monasterio fué de una paz tan inefable que jamás pudo soñar.

Evocándola, y porque de este ambiente recoleto y seráfico sólo pueden emanar trasuntos de amor, pensando en lo que ocurre por el mundo, pidamos a Dios, para terminar, que dé a todos los

hombres de la tierra capacidad de mutua comprensión, y que pronto veamos la reconciliación de quienes ahora se matan y se destruyen. Y que Dios proteja a nuestro Caudillo, que es España, como a nuestros pueblos hermanos.

Y así será, porque junto con tanto humo de pólvora y pasiones como le llega de todo el mundo algo le alcanzará del fervor nuestro de hoy, en que tal vez seamos los únicos reunidos para pedirle cosas de amor y alabar una gloria nuestra que es suya, desde este convento, casa de franciscanos, que aun estando tan a trasmano, resultó, porque El lo quiso, camino de un Nuevo y maravilloso Mundo que nosotros enseñamos a rezar en castellano.

GRAFICAS ULTRA, S. A.

Alcalá, núm. 126

MADRID

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
CALLE DE LA UNIVERSIDAD, 10
41013 SAN SEBASTIÁN DE BORDABUENA (SE)

